

Apreciar el mar invernal

El calor del verano hace que la gente se emocione, hace que hundir los pies en la arena mojada sea refrescante. Todos cansados de la vida escolar, el trabajo y los problemas provenientes de ser una persona, abandonan sus preocupaciones en la cristalina agua.

El mar es un gran lugar para divertirse, relajarse y disfrutar. El problema es que, al ser tan cotizado, los precios de alquileres de casas de playa se disparan hacia arriba y las playas públicas quedan repletas de gente. Solo la gente con una casa propia la pasa sin estar apretado en una multitud o sin pensar en el alquiler. Pero tener una casa propia en la playa también cuesta mucho, por eso la mayoría la comparte con su familia.

Algunas personas creen que ir a la playa en temporada baja es mejor al ser más barato, aunque no es la misma sensación que ir en el caluroso verano. Su mamá era una de ellas, llevando a toda la familia, hasta a los que no querían ir. Su hijo se quejaba y pataleaba, sin embargo, su mamá lo ignoraba hasta cuando el pequeño hacía expresiones tiernas.

El niño odiaba el frío aire del invierno y tener que ir abrigado a la playa. Agradecía que el agua de la piscina fuera temperada, ya que las olas gigantes (para él) y el helado mar le daban temor. Su abuela caminaba con él por la arena, lo cual lo mataba de aburrimiento. Ella le dio la idea de recoger caracolas al ver su estado, a ver si le cambiaba el humor. Mientras que el niño las recolectaba, le prestaba atención a cada detalle. Cuando terminó de llenarse los brazos de tesoros marinos, empezó a acercarse curiosamente a ellos. Juntó una caracola a su oreja y se dio cuenta de que la caracola tenía un sonido. Esta le susurraba las olas del mar.

Gracias a su descubrimiento, se obsesionó con las caracolas y recolectarlas. Cada mañana se levantaba e iba a verlas solo. Un día de esos, se quedó pensando. “¿Mis caracolas tendrán el mismo sonido que el mar?”. El niño se sentó en la arena anteriormente caliente, colocó sus pertenencias a su lado y se quedó en silencio por un buen rato mientras miraba el mar. Solo entonces, logró escuchar el bello canto del océano.

Después de su experiencia, el pequeño niño dejó de quejarse cuando iba a la playa con su familia. Es más, ahora lo disfruta. Su mamá se ha ahorrado los dolores de cabeza que le causaba su hijo con sus pataletas, su abuela mira una cara feliz en vez de la aburrida que tenía antes su nieto y todo el resto de la familia sigue aprovechando los beneficios de ir a la playa en invierno. El niño, todos los días, va a la playa a recoger caracolas y, a

veces, hasta tiene compañía. Tal vez más gente pueda comprender la belleza del mar en invierno.

Montserrat Planas Ponte
Primero de Secundaria